



CANTA LA MIRADA

Mercedes Delclós

STONBERG
EDITORIAL

CANTA LA MIRADA

Mercedes Delclós

STONBERG
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2022

© Mercedes Delclós Alonso

© de las características de esta edición: Stonberg Editorial
Gran Vía de les Corts Catalanes 636 - 08007 Barcelona (Catalunya)
Tel. 933 175 412
stonberg@stonbergeditorial.com
www.stonbergeditorial.com

© de la imagen de la cubierta: Mercedes Delclós Alonso
Producción: Stonberg Editorial

DEPÓSITO LEGAL: B 18174-2022
ISBN: 978-84-125864-3-5

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de ningún modo ni por cualquier medio,
ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia
sin el permiso previo de la marca editorial.

A PROPÓSITO DE *CANTA LA MIRADA*

Siempre me ha resultado una experiencia honda y placentera la lectura de poemas de Mercedes Delclós. Su escritura desprende tanta autenticidad que, inevitablemente, conmueve porque interpela a alguna parte profunda de nosotros mismos, con frecuencia escondida. Y, una vez más, como ocurre con muchas creaciones artísticas, frente a este nuevo poemario he tenido la sensación de encontrarme ante un pozo sin fondo, susceptible de múltiples lecturas y, por tanto, de múltiples interpretaciones. Mi lectura es sólo una más entre las muchas posibles. Pero cuando se trata de hablar o escribir sobre la obra, me asalta el temor a traicionarla porque es como tener entre las manos un corazón que palpita. Y me temo que hablar de ella es, de algún modo, diseccionar y detener lo más esencial: su latido. Aún así, me aventuro a correr ese riesgo.

CANTA LA MIRADA, un título muy sugerente que, ya de entrada, nos da pistas porque incide sobre dos aspectos fundamentales que señalan hacia la forma y el contenido de la obra. El “canto”, la palabra poética, brota de la “mirada” y se nutre de ella.

El canto, la forma, se expresa en poemas breves que, a la manera de los haikus, nos ofrecen una poética del instante y

de lo efímero (que, paradójicamente, pueden tener un carácter eterno): *La noche / espera / detenida*.

La mirada, fuente del contenido, es una mirada amplia que abarca todos los sentidos, no sólo el de la vista: *Es necesario / que la brisa nocturna / acaricie la piel que va a su encuentro*.

Se trata de una obra unitaria, no estructurada en partes, en la que los poemas se suceden siguiendo el fluir de los días, al ritmo que va marcando la propia vida, hecha de instantes, que siempre se nos presenta como una continuidad y que a menudo desborda cualquier intento de estructuración o planificación. Y en esa continuidad asistimos a un desfile de descripciones, sensaciones, sentimientos, preguntas, añoranzas, reflexiones, e incluso alguna sutil ironía... Un conjunto de variaciones sobre un fondo único, aquel que se ofrece a la mirada; variaciones que son reflejo de diferentes expresiones de la Vida, que es única, pero se manifiesta de múltiples maneras.

Si ese fondo que capta la mirada y refleja la voz poética es la propia Vida, no ha de sorprender que se trate de una mirada que se dirige tanto hacia el exterior como hacia el interior porque la Vida se encuentra fuera y dentro de nosotros mismos. Así, el latido vital que la autora encuentra en el exterior se relaciona con su propio latido interno ya que no somos seres aislados. De hecho, no “somos” sino que siempre, en cada momento, “estamos siendo” en relación con lo otro, con todo aquello que nos rodea, inmersos en una compleja red, de dinamicidad imparable, en la

que todo está interactuando con todo, todo influyendo en todo y todo transformándose continuamente: *El sol se asoma entre las nubes. / Su brillo inesperado me hace sonreír.* La palabra poética va a testimoniar esas interrelaciones y, de forma especial, las que se dan entre la mirada —esa que abarca todos los sentidos— y lo mirado: *Ventisca en la montaña. / Susurros de nieve / en la piel.*

Y el canto surge inspirado no sólo por la amplitud de la mirada sino también —y sobre todo— porque se trata de una mirada especial, una mirada “atenta”, fruto de una actitud que podemos calificar de “contemplativa”. Como afirma Chantal Maillard “*Contemplar no es un acto, es una actitud, una calmada disposición (...) Atención perfecta en un presente perfecto en el que el propio cuerpo-espíritu, sin dejar de atender, se deja atravesar y acoge lo otro sin desvirtuarlo. Inesperadas conexiones, transformaciones imprevistas, trayectorias desconocidas tendrán lugar entonces (...)*”. Y, en efecto, gracias a esa peculiar atención, página a página, poema a poema, instante a instante, se nos transmiten esas inesperadas trayectorias y conexiones: *El agua acoge / la mirada narcisa de las nubes / que se quedan extasiadas / ante un espejo danzante que desconocen.* Sólo desde la contemplación resulta posible, como se nos dice en un poema, *Habitar / el corazón de las cosas / y cantarlas.* Toda una declaración de intenciones hecha explícita en un momento dado pero que impregna toda la obra.

La actitud contemplativa, tal como nos explican las tradiciones de sabiduría, proviene del silencio, produce

asombro y puede conducir a la desaparición de límites entre aquello observado y quién observa. Todo ello vamos a encontrarlo en este poemario.

Cuando las tradiciones hablan de silencio se refieren al silenciamiento del “yo” ordinario (el “ego”, el “mí”), núcleo de expectativas y temores que, como un filtro o velo entre nosotros y lo que nos rodea, nos impide sentir profundamente la realidad y penetrar en ella. Sólo con el silencio del “yo”, despojándonos de creencias sobre nosotros mismos, desdibujando la identidad que creemos ser, se posibilita la auténtica contemplación: (...) / *El bosque se habita, / el bosque se toca / el bosque se respira. / Tú ya no eres tú.* La inmersión en la Naturaleza, práctica habitual de la autora, es una vía para ese olvido de uno mismo, para el silenciamiento: *De tanto mirar el mar / lo olvido todo.* Y hay un poema en que, magistralmente, se nos atestiguan el silencio y la contemplación que le sigue, expresada como un amanecer de la mirada: *Amanecer: / sólo mirar, mirar, mirar... / Y la mirada —entonces— amanece.*

Por lo que se refiere al asombro, resultado de la contemplación, tal como explica Teresa Guardans, no se trata de aquel relacionado con algo excepcional sino del que se produce ante al hecho mismo de la existencia, el asombro de que lo que es sea. Asombro que posibilita que “*la cotidianidad pueda vivirse (...) desde una atención que se deja interpelar y genera una experiencia vital reconocedora y reconocida, conmovida*”. Asombro, fruto de esa mirada, como recién nacida, que no

da nada por supuesto y que permite captar aquello que bajo la mirada ordinaria pasaría desapercibido: *¿Para qué hará brillar la lluvia / las vetas blancas del mármol negro? / Trazos sin rumbo / sin rumbo, sin rumbo...* El asombro ayuda a estrenar cada instante con la consciencia de que es único e irrepetible: *Caminar / por un entramado / de luz y sombra. / Con cierto asombro.* Se trata de un asombro explícito en algunos poemas, pero implícito a lo largo de toda la obra. Bajo el asombro, mirar puede convertirse en admirar: *En mi “habitación propia” leo tranquilamente. De pronto, / la palmera junto a la mesa / se mueve en una danza / verde y callada.*

Y si la actitud contemplativa, a veces, puede conducir a la unidad en la que se fusionan el sujeto con lo contemplado, también de ello nos da testimonio Mercedes Delclós que, con un sentir profundo, atraviesa lo que se le ofrece a los sentidos, impregnándose de ello, para ir más allá: *El árbol sueña / que vive bajo el agua. / ¿O soy yo que / —mirando el agua— / sueño que soy árbol?* Se trata pues, como ya aparece en otras obras de la autora, de un acercamiento a la mística. *Hay que incrustar la mirada / en las estrías de un tronco / de alcornoque. / Hasta dejar aparecer la quietud. / Hasta que el tronco se haga humano / porque tú te haces bosque.* Una mística laica y sensual que no por ello deja de apuntar hacia el misterio: *En el bosque de aquella montaña / el intenso color y olor de la aulaga / abriendo un espacio de divinidad. / ¿Qué queda —ya— de mí?*

Y todo ello desde lo cotidiano: vivencias del día a día en la Naturaleza, junto al mar, en la montaña, en paseos por el

bosque ... Pero también desde la intimidad del hogar, en compañía de la música o en la cocina, acompañada por el aroma de los alimentos, ante las plantas del patio o frente a la palmera que observa desde la ventana. Experiencias individuales que, a los lectores, pueden transportarnos —a través de lo concreto y singular— hacia lo universal, hacia ese misterio que, al alcance de la mano, nos rodea a todos y está en todo. De ahí, probablemente, ha surgido en la autora la necesidad del canto, de la poesía, para expresar las emociones profundas que proporciona vivir el presente atentamente, desde la consciencia plena, y poner palabras a aquello que parece no dejarse apresar por ellas.

Ante los lectores pues, un nuevo poemario de Mercedes Delclós, una invitación, en esta época de incertidumbres, a vivir desde la única certeza posible, aquella que nos proporciona el presente eterno, el presente vivido desde la mirada y la escucha atentas. Siendo así, podemos recibirlo como una ofrenda. Y la palabra ofrenda sirve para incidir en el carácter “sagrado” de la obra. Una sacralidad sin vinculación a ningún dogma ni creencia, inmanente a la sensualidad vivida y contemplada que, desde el sentir profundo, no deja de estar exenta de un tono de íntima y profunda veneración hacia aquello que nos rodea y somos. Veneración explícita ante la Naturaleza: *Caminar por el bosque, / alimentarse de sus frutos, / zambullirse en un río solitario, / observar las nubes, / tumbarse sobre una roca / calentada por el sol, / escuchar el fluir del agua, / subir a la cima de una montaña ... / Venerable Naturaleza.*

PRÓLOGO

/ Tu mejor filosofía. / Tu libro máspreciado. Y veneración ante el hecho mismo de la existencia que a todo y a todos nos contiene y acoge: En los recodos de la pérdida / descubres que la vida late: / ese amor que anida / en nuestra naturaleza.

Gracias por tan sugerente invitación y tan valioso testimonio.

Pilar Dalmases

*El lirio de la montaña.
Su polen sube
y empapa mis senos.*

Lijima Haruko

*A mi querido hijo, Dídac Admetlla,
ese fruto de la Naturaleza.*

*A mi querida hermana, Nuria Delclós:
la Naturaleza entera habita
en las cuerdas de su guitarra.*

Aquellos ojos verdes
como bosques y mares
en el cuenco de tu mano.

Una melodía sobrevuela
el mar indómito.
La mirada respira callada.

Un rostro vigoroso
lleno de sol
regala secretos marinos.

Un lápiz se resiste
a desvelar
el reverso
de las palabras.

A través del paraguas
agujereado
podríamos ver
la lluvia
de estrellas.

Cierra los ojos
para ver
el brillo
del sol.

El aliento
se remanga los pantalones
y trepa por aquel vientre
de sargazos.

El olor de la comida no espera.
Tendrá que salir por la ventana
para danzar con las olas.

Una luna roja de anhelos
flota en el anochecer.

La noche
espera
detenida.

Nadie ve el aura
que deja el silencio
cuando la cigarra calla.

La arena —a veces— filtra
tristezas de sal,
silencios de agua,
gotas de dolor,
sin rumbo.